



LA PARTIDA DE LOS MÚSICOS

Per Olov Enquist

Traducción de Francisco J. Uriz y Marina Torres





colecciónletrasnórdicas



La partida de los músicos

Per Olov Enquist

Nørdicalibros
2016

Traducción de
Marina Torres y Francisco J. Uriz

Título original: *Musikanternas uttåg*

La traducción de este libro ha sido financiada por
Kulturrådet (Swedish Arts Council)

© Per Olov Enquist 1978

First published by Norstedts, Sweden, 1978.

Published by agreement with Norstedts Agency

© De la traducción: Marina Torres y Francisco J. Uriz

© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

Avenida de la Aviación 24, bajo P - CP: 28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057 - info@nordicalibros.com

www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: septiembre de 2016

ISBN: 978-84-16440-91-7

Depósito Legal: M-29861-2016

IBIC: FA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Impreso en Cofás

Diseño de colección: Filo Estudio

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



FINLANDIA

NORRLAND

SUECIA

VÄSTERBOTTEN

GOLFO DE BOTNIA

BODEN

KALIX

HÄRJEDALEN

BÅTSKÄRSNÄS

SESSKARÖ

LULEÅ

PITEÅ

SKELLEFTEÅ

URVIKEN

ÖRVIKEN

SÄVENÄS

BUREÅ

HOLMSVATTNET

BJURÖKLUBB

LOVÅNGER

UMEÅ

ESCALA: 1: 100000

PRÓLOGO

«Por supuesto que hay lucha de clases,
pero la mía va ganando».

WARREN BUFFET

Revolviendo en viejos papeles para comprobar una fecha en un trabajo conmemorativo del centenario del nacimiento de Peter Weiss, encontré una carta, de 1985, en la que destacaba un hermoso escudo con los dos conocidos delfines sobre el nombre BARRAL y a su lado un membrete que decía «Biblioteca Personal Argos Vergara», carta en la que Carlos Barral me pedía «la traducción de *Los musicantes*, novela para la que un día se hicieron gestiones. Pero me doy cuenta de que te hayas olvidado completamente de este asunto. Y el caso es que Argos, en la agonía de sus líneas librerías, me reclama esa traducción». Se refería a *Musikanternas uttåg*, la novela que usted tiene en sus manos, que yo le había recomendado pero cuya traducción él nunca me había encargado... y terminaba: «Yo tengo interés personal en que el libro aparezca». Pues no, no apareció. El proyecto no llegó a ver la luz por motivos ajenos a la voluntad de Barral, y a la mía, porque Argos Vergara dejó de publicar ese tipo de libros.

Intermitentemente seguí comentando la novela con diversos editores hasta que hace unos años le hablé, con mi aún no apagado entusiasmo, a un amante de literaturas nórdicas, admirador y editor de Per Olov Enquist, Diego Moreno, que decidió publicarla en Nórdica. Treinta y tantos años después de mi primera escaramuza editorial.

Posiblemente es la novela sueca cuya publicación más he recomendado. ¿Por qué tanta insistencia? Aparte de la calidad de la novela, el motivo ha sido sin duda que su lectura fue para mí (y creo que puedo incluir a mi mujer, Marina Torres) una de las lecciones más instructivas sobre la historia moderna de Suecia, país al que me había trasladado a finales de la década de 1950.

¿Era posible que el próspero país en el que yo trabajaba hubiese sido, 50 años atrás, el miserable país explotador y clasista que presentaba la novela? Claro que había leído la historia de la pobreza de Suecia y de las grandes migraciones suecas del s. XIX a Estados Unidos, pero aquello eran estadísticas. Esto era otra cosa. Era como vivirlo en propia carne.

La novela se desarrolla a principios del s. XX en un pequeño rincón del país, situado a 800 kilómetros al norte de Estocolmo (una distancia que en aquellos años colocaría la zona en los límites de lo remoto) y cuenta la historia de un agitador socialdemócrata enviado desde la capital a predicar la buena nueva socialista a territorio comanche. Una región pobre, aislada, dependiente de la industria maderera, con una población que lucha contra la miseria y el durísimo clima, bajo la férula de una iglesia severa y enemiga a muerte del socialismo, aliada con unos patronos rapaces. Una zona con la que el agitador no tiene nada en común —hasta el endiablado dialecto, prácticamente incomprensible, hace más peliaguda su labor de proselitismo—.

Lo ha enviado a hablar de socialismo y a formar sindicatos una organización que tenía muy presente la frase de Marx: «La clase obrera posee un elemento de triunfo: el número. Pero el número no pesa en la balanza si no está unido por la asociación y guiado por el saber».¹ La novela nos hace

¹ Karl Marx, *Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores*, 1864.

testigos de los esfuerzos del agitador en su tarea de organizar a los obreros movido por una idea central de justicia abrazada ya por muchos. La tarea se lleva a cabo en condiciones penosas, las realmente existentes, y los magros resultados y derrotas hacen dudar al agitador de la utilidad de su trabajo. A pesar de ello insiste, tozudo.

Las raíces de lo que estábamos disfrutando en la década de 1960 estaban allí, en la tenacidad de las luchas obreras de principios de siglo —aunque casi todas terminaron en derrotas—. Durante un tiempo de negociaciones y convenios el capital había ido cediendo de mala gana a las reivindicaciones obreras y aceptado ciertas reformas, entre ellas el derecho de voto, tal vez por prudencia o miedo tras la revolución rusa de 1917, y se había ido atenuando el omnipotente dominio de los grandes patronos de principios de siglo que no habían dudado en la utilización del ejército como elemento disuasorio en la huelga de Sundsvall. Un ejército que en 1931 disparó contra una manifestación obrera matando a cinco personas en Ådalen.

Todo ello desembocó en la gran victoria electoral de la socialdemocracia que la llevó al Gobierno en 1932 y en el comienzo de la creación de lo que se llamó el modelo sueco. Un capitalismo con rostro humano. ¿Es eso posible?

Así veía Felipe González la transformación recordando un discurso de Olof Palme: «Hacía una descripción de la sociedad sueca en el momento de la llegada al poder del partido socialdemócrata. Después situaba la realidad sueca diez años más tarde y hacía una descripción de lo que había ido cambiando y con una breve apostilla sólo añadía: habíamos mejorado. Diez años después volvía a hacer la misma reflexión, y añadía: habíamos mejorado».

Lo que admiraba a González era la tenacidad, la constancia del reformismo en el poder... y que esos avances no tenían marcha atrás.

Aquel apacible proceso duró algo más de 40 años, hasta la derrota electoral de 1976, un año que había empezado mal para la socialdemocracia: dos conocidos intelectuales socialdemócratas, Astrid Lindgren, la autora de Pippi Calzaslargas, e Ingmar Bergman, estaban en conflicto con el partido. Y el motivo eran los impuestos, una de las herramientas fundamentales para reducir las diferencias sociales y financiar el reformismo. Pero que había llegado a generar situaciones inadmisibles.

Por un lado, Astrid Lindgren se vio obligada a pagar un impuesto del 102 % de sus ingresos y escribió su experiencia en un cuento que publicó *Expressen*, el vespertino más grande del país. El ministro de finanzas, sorprendido por un fotógrafo leyendo el cuento en su escaño del parlamento, ridiculizó a la escritora diciendo que «sabía contar cuentos pero no hacer cuentas», a lo que ella contestó que «él había aprendido a contar cuentos y que de cuentas lo justo y que sería mejor si intercambiaban sus trabajos». Las risas no estaban de parte del ministro.

Aquella prepotencia con la que el partido trataba a los ciudadanos —y eso que ella era la escritora más famosa del país— le hizo comentar a la Lindgren: «¿Qué mosca les [a los dirigentes socialdemócratas] ha picado? ¿Es esto lo que realmente han construido los hombres sabios que yo admiraba y valoraba tanto? Oh, pura y ardorosa socialdemocracia de mi juventud, ¿qué han hecho de ti?».

Aún fue peor el caso de Bergman al que, denunciado por la burocracia de la agencia tributaria, se lo llevó la policía de malas maneras cuando estaba ensayando en el Teatro Nacional. Luego fue declarado inocente.² El suceso le hizo escribir: «He sido un socialdemócrata convencido. Con

² Pueden leer detalles del caso en el libro *Ingmar Bergman* de Jörn Donner (Libros del Innombrable).

sincera pasión he abrazado esta ideología de las grises negociaciones y consensos. Creía que mi país era el mejor del mundo y aún lo creo, tal vez dependa de que conozco muy poco de los demás. Mi despertar ha sido un choque brutal». Dos años antes el convencido socialdemócrata había declarado:³ «Yo lo vivo así: que nuestro partido hoy es un partido con las raíces al aire, que está separado de sus nutrientes, toda la fuerza emocional de la socialdemocracia se está evaporando, ya no hay nada a lo que la gente pueda agarrarse emocionalmente... Creo que sólo un gran revés político puede devolver a la socialdemocracia su fuerza».

Unos meses después llegó el revés: la derrota electoral de 1976 tras más de 40 años en el poder. Aunque al cabo de unos años hubo una cierta recuperación, ya nunca volvió a ser el gran Partido sueco que, durante casi cincuenta años, bordeaba y pasaba del 50 % de los votos en las elecciones (ahora está en el 30 %). Tras la caída del muro y la constatación del fracaso histórico del comunismo, el capital sueco fue recuperando posiciones e invocando libertad y eficiencia, fue privatizando, sin prisa pero sin pausa, parte de la escuela, del sistema de salud, del mercado laboral, etc., y empieza a echar el ojo a los suculentos capitales acumulados para las pensiones. Aún no se ha destruido el modelo sueco, pero van arañando aquí y allí y la solidaridad es una palabra que hay que explicar a los más jóvenes.

Se teoriza abundantemente sobre las bondades de la privatización. Ahora lo encomiable es el trabajador solo, independiente, que puede discutir libremente su salario con

³ Entrevista en la serie de artículos de Bo Strömstedt *Si yo pudiese transformar Suecia*.

el patrono; los sindicatos son la peste.⁴ Como lo eran en los tiempos de la novela.

En ciertos relatos ya no se presenta la historia del modelo sueco como una creación de la socialdemocracia, sino de los generosos e inteligentes capitalistas suecos. Es significativo el hecho de que hoy Suecia, paraíso de la igualdad, sea el país del mundo donde más multimillonarios en dólares hay por 100.000 habitantes.

* * *

«Una conversación sobre árboles casi es un delito porque encubre el silencio sobre tantos crímenes».

BERTOLT BRECHT

Han transcurrido más de cien años desde las fechas en que se desarrolla la novela pero estamos ya en otro mundo. Hemos pasado de aquella economía tangible, la de la tierra, la madera y la mercancía, a la etérea, la de las grandes corporaciones financieras, la globalizada economía intangible de pantalla de ordenador. Un mundo en el que la economía tangible parece existir simplemente como indispensable terreno de juego para la financiera —como los hipódromos para las apuestas—.

Y en este mundo globalizado, en el fondo, sigue la misma confrontación entre capital y trabajo, los que dan trabajo y los que lo reciben. Hoy la lucha global de liberación es similar a la de la novela. Para miles de millones de ciudadanos del mundo la lucha que llevan a cabo por la supervivencia y la

⁴ En el interesante libro de Naomi Klein *The Shock Doctrine. The Rise of Disaster Capitalism*, se ve que en todos los lugares a los que llega el Imperio lo primero que se hace es acabar con los sindicatos y sus líderes y evitar que actúen si es que existen...

dignidad exige el trabajo de hormiguita que vemos en la novela para crear agrupaciones que les den fuerza. Fortalecer la solidaridad y la unión para hacer frente a la rapacidad del capital multinacional.

Será necesario volver a la misma lucha, volver a la solidaridad, al humilde trabajo de proselitismo, a las derrotas honorables. Una lucha con el objetivo de eliminar, o reducir, al menos, la distancia entre los dos polos. El escandaloso nivel de lujo de los dirigentes de la economía financiera en un mundo en que cada vez aumenta más la cifra de multimillonarios, ¿a qué ritmo?, y el de la indescriptible miseria del tercer mundo, millardos de pobres cuyo número, sí, va disminuyendo, pero ¿a qué ritmo?

En muchas partes del mundo, sí, el anhelo de una sociedad más justa para todos tropieza con la escasez de fuerzas y la tarea parece imposible. ¿A qué nivel queremos la igualdad global sin que acabe con el medio ambiente y el planeta Tierra? ¿Al de Occidente de hoy? ¿Posible? De ninguna manera. ¿Imprescindible? Sin duda, si lo que se quiere es una humanidad sin conflictos desgarradores.

Pero primero nos hacemos una pregunta realista: Proletarios de todos los países del mundo, ¿ande andáis?

* * *

En la novela el rechazo de la población al agitador depende de que es de Estocolmo, de que la Iglesia y los patronos están contra lo que él encarna y a esta repulsa se añade lo que representa la existencia en la zona de un dialecto que a duras penas comprende.

Por eso la traducción del dialecto es esencial para dar a entender que el agitador apenas comprende el habla de la región situada a unos 800 kilómetros al norte de la capital, en ese «país de locos» en el que se encuentra.

En otra novela de Enquist, *La biblioteca del capitán Nemo*,⁵ que se desarrolla en la misma zona, escrita 13 años después de *La partida de los músicos*, los personajes, que curiosamente llevan los mismos nombres que los de ésta, hablan en un sueco normal sin sombra de variedades lingüísticas.

Los lectores suecos de hoy tienen dificultades para entender el dialecto. Yo tuve que pedir ayuda para comprender el significado de una palabra a una bibliotecaria de Sundbyberg procedente de esa región que tuvo que preguntarle a una amiga del mismo pueblo donde se desarrolla la novela. El lector español no tendrá tantas dificultades con el dialecto que le ofrecemos, pero puede hacerse idea de que el agitador Elmlad las debió pasar canutas.

Para reproducir el dialecto utilizamos, por cercanía geográfica, una variante popular del aragonés pirenaico, castellanizándola conscientemente para que represente mejor la dificultad dialectal del registro lingüístico que requiere el texto. La han elaborado, sobre nuestra traducción, dos suecos honoríficos, Emilio Gastón y M.^a Carmen Gascón, texto revisado por Chusé Aragües. A los tres les agradecemos, Marina y yo, su entusiasta participación en este proyecto.

FRANCISCO J. URIZ

En Sundbyberg, a finales de julio de 2016, a 23º sobre cero

⁵ Ya publicada por Nórdica en 2015.

LA PARTIDA
DE LOS MÚSICOS

Prólogo
1903

EL HOMBRE DE LA LATA DE LOMBRICES

«¿Sigues dudando y te demoras?
¿Por qué esperas todavía?
El mundo no te satisface
pero no quieres dejarlo.
Entonces ¿cómo te va?
¿Sientes paz?
¿Sientes paz?».
LINA SANDELL-BERG, 1889

1

Hacía bastante viento, había cambiado a casi viento del este y llegaba ahora directo desde el golfo de Botnia y la parte de Finlandia y levantaba borregos blancos en la bahía de Bureå. Mirando a lo lejos el mar estaba cubierto de pequeñas rayas blancas, y el viento se mantenía estable. El muchacho estaba descalzo. Tenía las piernas llenas de arañazos marrón oscuro, pero todas las heridas habían cicatrizado bien y las piernas mostraban un aspecto ligero y fuerte. Los pies eran muy blancos. Andaba rápido y decidido por la playa, sin detenerse, manteniéndose por encima de las piedras mojadas más adentradas en el agua y tenía la mirada todo el tiempo tenaz y atentamente fija en la figura que estaba allá lejos en el extremo del cabo.

Era un día bueno, luminoso. El sol le daba oblicuamente al chico en la cara y le hacía entrecerrar los ojos todo el tiempo: el hombre allí en el cabo estaba ahora a unos cien metros y se perfilaba con más claridad. Parecía estar pescando. Tenía

una caña de pescar en la mano. Estaba un poco metido en el agua, tal vez sobre una piedra. Sí, era una piedra.

Se le veía cada vez mejor.

El muchacho veía ahora todo con claridad. El hombre se había quitado los zapatos y los había puesto en una piedra, se había remangado los pantalones hasta las rodillas. Era bastante grueso y alto. Llevaba una chaqueta negra y algo que parecía ser una camisa blanca debajo. No llevaba corbata. El muchacho fue acercándose a la punta del cabo, con cuidado, y cuando estaba a sólo diez metros, el hombre volvió al fin la cabeza y lo vio.

Pero ixe no ye de Bure, pensó el chico instantáneamente y se paró. Ye forastero. Igual ye d'Estocolmo.

La caña de pescar era una delgada rama de abedul a la que había sujetado un fuerte hilo negro, de flotador tenía un palito que cabeceaba violentamente en las olas. El muchacho permanecía quieto en la playa, a sólo cinco metros del hombre, contemplándolo con cara tensa y gesto de interés. No es de Bureå, pensaba con total convencimiento ya, nadie que viva en Bureå. Nadie de aquí. Las piernas del hombre lucían muy blancas debajo de las perneras dobladas del pantalón, el bigote enérgicamente dirigido hacia arriba, el abultado vientre desbordándose por encima del cinturón. Allí estaba, en un sitio que todos sabían que era imposible si se quería pescar algo. Era un forastero.

Estaba todo el tiempo haciendo cosas, no paraba quieto, tiraba de la caña, parecía alegre y contento, sonreía hacia la bahía con su cuadrada cabeza y luego hacia el muchacho, sacudía la cabeza preocupado, miraba hacia arriba con solemnidad, guiñaba los ojos, pestañeaba asintiendo sin motivo hacia las casas que estaban en la parte norte de la bahía, volvía a sacudir la cabeza de repente, sonreía pensativamente.

Pero no decía nada.

—¿Sacas algo? —preguntó el muchacho al fin.

Las olas bañaban de vez en cuando las piedras y los pies del hombre. Al cabo de un rato, pareció llegarle la pregunta del muchacho: sacó el flotador y el anzuelo y miró preocupado el rudimentario y minúsculo resto que quedaba de la lombriz. Sacudió luego la cuadrada cabeza sonriendo con melancolía, cogió con cuidado el anzuelo con el índice y el pulgar y empezó a mover la boca y las mandíbulas con pequeños movimientos que parecían escarbar, masticar o moler. Era como si intentara sacar algo, bien palabras o saliva o simplemente algún objeto, como si un trozo de tabaco se le hubiera quedado prendido en la cavidad bucal y hubiera que hacerlo salir ahora a la luz del día. Fruncía los labios, inclinaba la cabeza hacia un lado, inflaba las mejillas y las desinflaba de nuevo, venga a moverse algo allí dentro como si intentase sacar ese algo con ayuda de la lengua: luego levantó con el mayor cuidado la palma de una mano y adelantó los labios como en un beso. El muchacho lo contempló con mucha atención y con los ojos dilatados por el asombro. Y entonces vio cómo salía por entre los labios del hombre algo afilado y serpenteante.

Era algo largo. Vivo. Una lombriz.

El hombre cogió la lombriz con el índice y el pulgar y se la sacó de la boca: muy mojada, reluciente y blanda se fue deslizando la lombriz desde la gruta de la boca y por un instante se quedó colgada balanceándose con suavidad a la clara luz del sol. Luego la colocó con sorprendente rapidez y destreza en el anzuelo, miró pensativo al muchacho un momento, siguió moviendo las mandíbulas unos instantes con un movimiento repetido y rectificador, como si las compañeras de la lombriz hubieran sido presa de inquietud o melancolía allí dentro, pero ahora pudieran ya estar tranquilas de nuevo; y volvió a echar el anzuelo.

El muchacho contemplaba ahora al hombre con una expresión de máxima atención y gran simpatía.

Miraba fijamente las mejillas del hombre, justo las abultadas mejillas, como si con la mirada pudiera traspasar la piel y distinguir lo que había allí. La mejilla parecía sobresalir, tal vez estaba bien rellena, pero no podía estar seguro. Dio unos pasos precipitados resbalando en el agua, observó la parte de la mejilla tras la que creía notar movimientos ondulantes y reptantes, se protegió los ojos del sol con la mano y sonrió alerta.

—¿Paice que levas gusanos en la boca? —dijo con voz frágil y aguda.

El hombre lo miró con cara de no entender. Parecía estar dándole vueltas a algo, arrugó la frente, puso luego la mano detrás de la oreja como si no hubiese oído o comprendido bien. El muchacho avanzó un paso más y gritó con una voz aún más aguda y quebradiza:

—¿Paice que levas gusanos en la boca?

Apareció una expresión de gran seriedad pensativa en la cara del hombre. Arrugó profundamente la frente, miró al horizonte unos segundos: y entonces le estalló de repente la cara en una sonrisa amable y soleada, como si por fin hubiera entendido. Asintió con la cabeza tranquilamente, casi con picardía, se volvió con cuidado y dificultad en la piedra para estar de cara al muchacho, movió la mandíbula unas cuantas veces, se inclinó hacia delante y abrió la boca.

Mantén la lengua plana, como un suelo en la cavidad de la boca, y allí estaban las lombrices.

El muchacho estaba junto al hombre y le miró directamente hasta la garganta. El viento era fresco y agradable, la bahía estaba blanca, el cielo vertiginosamente alto y azul claro y el chico veía muy de cerca cómo se movían las dos lombrices en la lengua del hombre dando vueltas despacio, en torno a sí mismas, con torpeza y ya bastante abatidas.

—Sí —dijo el chico afirmando vivamente. Sacudió muchas veces la cabeza atrás y adelante, como si quisiera se-

ñalar con toda claridad que había visto y comprendido—. Claro que sí.

Era un día increíblemente hermoso, se dio cuenta de repente. Le sonrió con entusiasmo y animadamente al hombre grueso que estaba inclinado hacia él: y entonces el hombre cerró con cuidado la boca, se enderezó dificultosamente y miró con gesto resignado el flotador que indefenso se movía junto a la piedra. Luego sonrió tranquilo hacia la bahía, sacudió expresivamente la cabeza hacia los pies, sacó el anzuelo, se volvió con cuidado sobre la piedra, se metió en el agua y empezó a caminar hacia la playa despacio y vacilando.

El muchacho lo siguió, tras un momento de duda.

Hasta ahora no había visto la maleta. Era marrón, tenía los cierres de metal blanco y parecía muy llena. Estaba apoyada contra una piedra. El hombre se sentó en la piedra, alzó la mano como un cuenco, escupió con un movimiento de la boca suave y rápido las dos lombrices en el cuenco de la mano, las miró con una expresión de nostalgia, y las colocó cuidadosamente en un espacio húmedo y oscuro entre dos piedras.

—¡¡Mía que atreverte!! —dijo el muchacho objetivamente—. Yo no lo faría.

El viento soplaba con fuerza y el agua relucía. El hombre miró al muchacho risueño y con amabilidad, abrió la maleta marrón y la puso sobre sus rodillas. El chico pudo ver su contenido con claridad. Allí lo que más había era papel. El papel estaba impreso, parecían carteles. El hombre cogió unos cuantos, el papel era amarillo y las letras negras. Miró pensativamente al muchacho y dijo:

—Pero a lo mejor te atreves a ayudarme con esto.

Este ye d'Estocolmo, pensó el muchacho de repente y se asustó y se puso rígido. Seguro que son ellos. Se quedó helado. Dio con cuidado un paso atrás, pero luego se detuvo.

Ye d'Estocolmo.

El agua estaba como cristal gris, susurraba con un suave fragor mientras él, con los ojos completamente abiertos, flotaba hacia arriba, hacia la superficie: le encantaba zambullirse hasta lo más profundo y flotar despacio hacia la superficie, hacia la luz y el aire. El agua era cristal oscuro y luego cada vez más claro, subía como una burbuja de aire y de pronto estaba arriba y volvían de nuevo todos los sonidos.

Las piedras estaban resbaladizas. Subió. Debía de ser la hora ya. Tenía que subir.

Estaba delgado y siempre tenía frío, los labios azulados y los dientes castañeteando, después de bañarse: estaba inmóvil temblando en espera de que volviera el calor. Ante él, sobre una piedra, estaban los carteles amarillos. Eran unos diez. Lo cierto es que lo había prometido. El hombre de las lombrices en la boca le había hecho prometer. Los papeles eran amarillos, con un borde rojo intenso alrededor. Texto negro. Ponía: *La cuestión del voto, el futuro de la socialdemocracia y del movimiento obrero*. Debajo, escrito a mano y en negro: *Mitin público en Bureå, calle Korsvägen, el jueves a las 6:30*.

Abajo del todo, con letra impresa: *¡Acudid todos!*

El agua había goteado en el cartel de encima, luego se había secado de manera que el papel estaba ahora un poco arrugado. Tenía frío, le castañeteaban los dientes y pensaba: Pues me lo diqué y me comprometí.

Se lo he prometí. Y los he de colocar.

Subiendo a través del bosque se detuvo sólo una vez. Fue como de costumbre junto a la piedra de las oraciones. Era plana, de dos metros de diámetro aproximadamente y aquí el verano pasado, el primer verano que pasó con el tío John, le había prometido al Salvador que un día sería predicador. Entonces sólo tenía siete años. Se había decidido rápidamente, había caído de rodillas, había alabado a Dios y prometido ser predicador. Por qué se le había ocurrido, no lo

sabía, sólo sabía que de alguna manera se había sentido impaciente y quiso acabar con ello. Después había estado nervioso un rato bastante largo y habría querido que la promesa se confirmase de una manera más firme, a través de un sacrificio por ejemplo. Pero no había sabido cómo, de qué forma, hasta que se le ocurrió lo de la rana. Así que había buscado una rana y había logrado que quedara confirmada la promesa de evangelización. Como Abraham y su hijo.

Fue un poco desagradable, sin embargo. La rana se había como partido, reventado, al cortarla.

Cogió los carteles y rezó un rato por ellos también, por más seguridad. Luego se fue. Ya no tenía frío.

El primero lo puso en una pila de leña. El segundo lo puso camino del secadero, casi junto a la entrada. El tercero lo puso en una cadena de transmisión, abajo. El cuarto lo puso en un poste que estaba casi en mitad del almacén de los tablones. El quinto lo puso en un pino en la calle Skär. El sexto lo puso en un pino más adentro en el bosque. El séptimo empezó a ponerlo, pero se dio cuenta de que se le habían acabado las chinchetas.

Los tres últimos no los puso, pero eso ya no le daba mala conciencia. Casi no había visto a nadie durante todo el tiempo, en cualquier caso a nadie que preguntara qué estaba haciendo. Pese a ello, se sentía raro y abatido. Se habría sentido mejor si hubiera comprendido lo que ponía en realidad en los carteles, pero no lo comprendía. Como no sabía qué hacer exactamente rehizo todo el camino de vuelta para controlar que todo estaba como es debido. Todo estaba como es debido, los carteles amarillos estaban donde él los había puesto, pero así y todo sintió mucho miedo de repente y se puso a silbar.

Le quedaban tres carteles. Uno debería, pensó. No estaría mal por seguridad. Que.

Estaba quieto muy cerca de la entrada de la oficina del aserradero pensando. La gente entraba y salía. Él no había estado nunca allí, pero tal vez debería.

Al principio estuvo mucho rato sin ser visto y en silencio dentro de la oficina y nadie hizo caso. Sólo al cabo de un tiempo preguntó el administrador desde su puesto en la habitación del interior qué coño estaba haciendo allí aquel arrapiezo. Entonces todos lo miraron. Él mostró los tres carteles que le habían sobrado. Entonces se fue haciendo un silencio absoluto en el local.

Todos leyeron detenidamente el texto, uno tras otro.

La mosca estaba en la lámpara y subía despacio. Era negro sobre blanco. Cuando el rostro del capataz se fue acercando se notó que tenía venillas en los párpados: era como una telaraña azul. Eran ellas las que decían, pensó el muchacho cuando todo se hizo más difícil y extraño, que bebía aguardiente. La pared era marrón y ahora sabía con seguridad, allí donde estaba, con los ojos clavados en esa pared marrón y la cara del capataz de los párpados moviéndose dentro y fuera de su campo visual, que había hecho una tontería entrando en la oficina con los carteles.

Fue terrible cuando le preguntaron. Tuvo miedo. No fue mucho mejor cuando se quedó callado. Habría sido mejor si le hubiesen gritado.

Había hecho una verdadera tontería.

Y el administrador dijo una vez más mirándole desde lo alto a la cara, rígida por el nerviosismo:

—¿Dónde está? ¿Está aquí en el aserradero o en Örviken o dónde cojones está ese cabrón?

El muchacho seguía descalzo. Tenía el pelo muy negro, corto, alguien no muy ducho en el oficio le había rapado, probablemente con unas tijeras de esquilar romas y los mechones eran muy desiguales, en un sitio se habían

adentrado demasiado y se traslucía el cuero cabelludo de un blanco lúgubre. El muchacho estaba en mitad de la habitación y se arrepentía con toda su alma, se podía ver en los pies y en las rodillas. Esto era como innecesario, le daba vueltas en la cabeza. Heba podiu arrumbar los cartels u enronarlos. Ahora están enfadados conmigo y a lo mejor se lo cuentan a mi madre y.

De pronto se le encendió una luz en la cabeza, sonó la señal de alarma. Se le había ocurrido otra vez esa palabrota. Era un pecado tan grande como decirla. Se decidió a pensar la idea sin incluir la palabrota: ahora seguro que *se cabrean* conmigo.

Eso seguro.

De pronto para su sorpresa oyó su propia voz: le salió completamente sin querer, abrió la boca y preguntó algo, aunque en realidad no se atrevía en absoluto.

—¿Que quie decir ixo qu'han metiú escrito ahí? —dijo con una voz chillona que sonó fea y demasiado estridente—, ¿que ye ixo de social y tal?

Pero ya nadie parecía oírle. Hablaban en voz muy baja e intensa de cómo y dónde podían encontrar a un hombre que parecía andar ahora por allí y el muchacho y su pregunta no le importaban a nadie. El muchacho miraba con tristeza sus pies desnudos: la parte blanca de abajo resultaba ridícula y rara y se arrepentía profundamente de haber dejado las botas en casa por la mañana. Hacía calor en la habitación, las voces estaban excitadas y ansiosas y él no entendía muy bien. Se iba a buscar, seguro. Perseguir, decía el capataz una vez y otra. Se trataba de algo impío, eso parecía ahora del todo claro, y él sentía con una seguridad plomiza en el pecho que había estado al servicio de lo impío, aunque sin saberlo. Pues entonces, de todos modos, a lo mejor no había sido una tontería tan grande entrar en la oficina.